

RESEÑAS



Rulfo, Juan. *El llano en llamas*. “Macario”, (2000). Madrid: Sudamericana, pp. 4.

Juan Rulfo fue un gran escritor, guionista y fotógrafo mexicano, considerado como uno de los narradores más importantes del siglo XX. Además, fue reconocido por su libro de cuentos *El llano en llamas* (1953) y su novela apócrifa *Pedro Páramo* (1955). En dichas obras se presenta una amalgama de realidad y fantasía, cuya acción se desarrolla en escenarios rurales, sus personajes representan lo popular y sus grandes problemáticas socioculturales, tal y como se puede apreciar en su relato intitulado “Macario”.

Ahora bien, en “Macario” se puede conocer, a través de una narración un tanto escalofriante, al protagonista que es un niño atrapado en el cuerpo de un adolescente, a quien los años pasaron por su cuerpo, pero que su mente se quedó estática. La madrastra de Macario es una mujer beata, dueña y proveedora de la casa donde vive junto a Felipa, una mujer cariñosa quien cuida y alimenta al protagonista. El espacio se desenvuelve en un pueblo lleno de alacranes, cucarachas y personas malvadas, de tal manera que el cuento representa una sociedad despedazada y permeada de antivalores: “y no como otra gente que me invitaba a comer con ellos y luego que me les acercaba me apedreaban hasta hacerme correr sin comida ni nada” (p.5).

Asimismo, de principio a fin, todo se mueve a través de la iglesia, pues el poder justificado no en el afecto, sino en la convicción cristiana de la misericordia y su posibilidad de recompensa divina. El conflicto religioso que se pone de relieve en toda la narración, marcada por el temor del bien y del mal. Rulfo representa a una sociedad en decadencia, con pocas posibilidades económicas, además pinta un sitio ambiguo, donde la imposición social es la que más resalta, una suerte de país latinoamericano cualquiera, donde abunda la superstición y la vida maquinal.

Entre otras cosas, se observa a Felipa quien alimenta a Macario no solo con comida, sino con afectos. Una especie de juego sexual que se describe en la parte en la que Macario

narra la sensación que ella le hace sentir: “Felipa me hacía cosquillas por todas partes. Luego sucedía que casi siempre se quedaba dormida junto a mí” (p.6). Si no en un acto de excitación física, excesiva y deseada, por lo menos es una inocencia, pues Macario no entiende lo que está sucediendo, solo sabe que Felipa es su protectora:

Felipa antes iba todas las noches al cuarto donde yo duermo, y se arrimaba conmigo, acostándose encima de mí o echándose a un ladito. Luego se las ajureaba para que yo pudiera chupar de aquella leche dulce y caliente que se dejaba venir en chorros por la lengua. (p.6)

Esta imagen (un tanto erótica) también representa la salvación para Macario. No obstante, quizá Felipa peca al darle leche de sus senos, porque él no es su hijo, trastocando su inocencia. Como sea, ellos son dos seres inferiores en la escala vertical de su sociedad rural, pues están en condición de insignificancia, reprimidos en una sociedad que a menudo establecen jerarquías basadas en normas culturales, sociales, económicas y religiosas, dejando de lado la integridad de cada persona como lo devela el cuento.

La narrativa rulfiana está poblada de niños con capacidades limitadas, mujeres malas, otras de mala fama (pirujas) y hombres insatisfechos con sus condiciones sociales y morales, pues son incapaces de efectuar algún cambio tal y como se ve en “Macario”

En definitiva, este cuento deja al lector mucho qué pensar. De hecho, es un tanto turbio, aunque al mismo tiempo permite reflexionar sobre el suplicio que debe vivir una persona que no goza de su integridad mental. Igualmente, el texto de Rulfo mantiene una relación con la realidad, pero, a la vez, es algo peculiar que atrapa al lector a primera vista, pues recuérdese que Macario es tan solo un niño atrapado en el cuerpo de un adolescente quien es tildado de ser un monstruo de aquella sociedad mexicana.